

A sumar y no restar

Juan Pablo Schwenke



Por distintas razones, he tenido que vivir en otros países, entre el hemisferio norte y acá en nuestra región. Todas muy buenas experiencias, en lo personal y lo profesional. El azar ha estado de mi lado también. Con este cúmulo de experiencias, mi familia y yo hemos crecido. Por lo mismo, he sido un entusiasta del multiculturalismo, la globalización y la conciencia planetaria.

Sin embargo, hace un año atrás, cuando las alarmas de la pandemia cerraban las fronteras y yo viajaba semanalmente entre Santiago y Buenos Aires, supe que mi familia debía estar acá. Y así fue. Todos se vinieron. No dudé un segundo, a pesar de las generosas amistades y apoyos que tenían en Buenos Aires. Es que de expatriado siempre estás en algo fuera de tono. La lengua, los acentos, los énfasis. Y con crisis sanitaria y económica de por medio, todo puede amplificarse. Pienso en todos los expatriados que se quedaron en Chile o en aquellos que tuvieron que ingresar en plena crisis. Difícil para los primeros, terri-

ble para los segundos.

Y nosotros por acá. En nuestro país-familia, como me decía un amigo de un país grande en serio. Sorteando la crisis apoyados en una red sanitaria robusta creada hace más de 50 años por doctores y políticos con sentido público y social, el inmenso trabajo de todo el personal de la salud —que debería llamar la atención a todos quienes reclaman con las incomodidades de su trabajo actual—, y de la sagacidad de nuestra administración, escrutada por expertos y la opinión pública. Como debe ser.

Pero la crisis sanitaria y social pareciera que ha dado pie para remover todo, que aparezca la violencia, esa vieja compañera del sapiens cuando está ausente el diálogo y la negociación, y así reescribir todo: nuestro territorio, la autoridad, nuestra historia. Nada muy ajeno a la ideología de la nueva historia planetaria: el rechazo de la historia, la proclamación de su fin (Augé).

De la experiencia comparada y con miras al futuro, bienvenido todo lo que

sume. Pero así, como adición. Sin olvidar qué y quiénes somos. Con el acervo que nos deja nuestra historia constitucional. Con nuestra bandera, nuestros héroes y villanos. Eso somos.

Y de los buenos ejemplos de la experiencia comparada, un par: en Suiza el derecho de propiedad es indiscutible. Nadie se atrevería a entrar a tu casa, de-

rribar tu cerco, ni quemar tu propiedad. Menos contigo adentro. Claro que, como dueño, tampoco pienses en cambiar el estilo de la casa, abrir una nueva ventana o cambiar la posición de la chapa de la puerta, porque respon-

de a un estilo arquitectónico definido en armonía con los otros. Un derecho más robusto, pero menos individualista. En Argentina, no obstante sus problemas, en los colegios cantan la canción nacional e izan la bandera a diario. Nada mal nos haría. Contar con un derecho de propiedad de verdad, más tutelado y armónico, y que nuestros niños canten nuestro himno y miren a la bandera bastante más seguido.

“De la experiencia comparada y con miras al futuro, bienvenido todo lo que sume. Pero sin olvidar qué y quiénes somos”.